

La filosofía: una pedagogía del concepto

Aproximación al pensamiento de G. Deleuze y F. Guattari

Camilo Diagama
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Resumen:

Con este texto deseamos presentar algunos de los planteamientos más notables del libro *¿Qué es la filosofía?*, escrito por Gilles Deleuze y Félix Guattari, dos grandes filósofos de la segunda mitad del siglo XX. Lamentablemente no hemos dado cuenta de todo su desarrollo, extremadamente rico y difícil. Sin embargo, entre tales planteamientos destacamos los siguientes: la caracterización de la filosofía como creación de conceptos, según la cual éstos son el objeto propio de aquella, y a ninguna otra disciplina le competen; la exposición del concepto como multiplicidad virtual constituida por una serie de ordenadas intensivas y de zonas de indiscernibilidad; la instauración de una imagen del pensamiento o un plano de inmanencia que secciona el Todo de la experiencia como campo no filosófico de presupuestos; y finalmente, la animación de unos personajes conceptuales como condiciones del ejercicio del pensamiento filosófico. Siguiendo a los dos pensadores, una pedagogía del concepto consiste en la articulación de los cinco aspectos mencionados.

Palabras clave: concepto, multiplicidad, singularidad, intensidad, virtualidad, inmanencia.

Abstract:

This text to present some of the outstanding proposals from the book «What is philosophy?», written by Gilles Deleuze and Felix Guattari, two great philosophers in the second half century XX.. Unfortunately, we could not review the whole content as extended in the book, so rich and difficult. However, we picked up to be highlighted the following: the philosophy characterized as a concept creation, according to that the concepts are its own object not shared with other disciplines; the presentation of the concept in the way of virtual multiplicity composed by a series of intensive dimensions plus zones of non-distinction; the establishment of an image of thinking or a plan of immanency which goes across the Whole experience like a non-philosophical field of assumptions; and finally, the animation of some conceptual characters as the features of philosophical thinking rehearsal. Following the two thinkers above mentioned, a pedagogy of the concept resides on the alignment of these five elements.

Key Words : concept, multiplicity, singularity, intensity, virtuality, immanency.

Introducción

El proceso de enseñanza y aprendizaje en las escuelas (colegios, institutos, universidades) es sumamente difícil, duro, cruel. Difícil para el estudiante, quien ha de enfrentarse a unos objetos, nociones, técnicas y ámbitos de acción que para él son nuevos, y de los que, por esto mismo, ignora en un comienzo cuál es la pertinencia, cuál el uso, o cuál la dimensión; difícil para el profesor, quien ha de proceder con mucho ingenio y gran destreza, no sólo para transmitir a cabalidad los conocimientos que son de su competencia, para lograr que los estudiantes capten la manera adecuada de plantear y de resolver ciertos problemas, sino también y ante todo para provocar en ellos un interés vivo por tales conocimientos, de modo que, corriendo también con suerte, acaso llegue a engendrar en algunos una intensa pasión por esos problemas y por las técnicas a través de las cuales se solucionan. En fin, el proceso de enseñanza y aprendizaje en las escuelas es duro, tan cruel con los estudiantes como con los profesores, porque los cuerpos de unos y otros se resisten, con mayor o menor fuerza, al orden, a la medida, a la organización; porque, si bien se admite sin recelos que la educación puede llegar a proporcionar grandes mejoras y satisfacciones, también es cierto que los cuerpos sufren al ser formados y organizados.

A las anteriores dificultades, correlativas a la educación en general, hay que añadir otra en el caso de la enseñanza de la filosofía: a saber, aunque se suele reconocer su altísima dignidad en Occidente, con mucha frecuencia se pierden de vista los problemas, objetos y rasgos propios de este dominio

teórico llamado filosofía, a tal punto que dedicarse a su estudio les parece a muchos una labor infructuosa, ora porque se termina por considerarla una actividad carente de sentido, ora porque se la entiende de manera bastante superficial; en breve, pese a que se intenta enseñarla y aprenderla, no se sabe con precisión lo que es la filosofía. Entonces la cuestión pedagógica se complica aún más que cuando se la plantea en relación con otras áreas del saber, pues, en efecto, ¿cómo se pretendería proponer un método o una guía de enseñanza para una actividad cuyo sentido se ignora?

Pero aquí no aspiramos a ofrecer tal o cual método de instrucción, tal o cual pauta formativa. Nos mantendremos al margen de los problemas teóricos y prácticos de la educación, no porque ignoremos la importancia que merecen, sino porque ahondar en ellos nos desviaría de la pregunta que en principio deseamos plantear en este texto: ¿qué es la filosofía? Cabe anotar de antemano que semejante pregunta no puede ser desarrollada más que de un modo filosófico. En todo caso, creemos poder contribuir en alguna medida a la enseñanza de esta disciplina respondiendo a la mencionada pregunta, para lo cual abordaremos algunos de los temas más notables del libro en que Deleuze y Guattari la han planteado, y del que precisamente surge el título de nuestro escrito. Es en dicho libro en donde estos dos pensadores conciben la filosofía, entre otros aspectos, como una “pedagogía del concepto”¹.

1 Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, ed. Anagrama, Barcelona, 1993, p. 18: “Los poskantianos giraban en torno a una *enciclopedia* universal del concepto, que remitía la creación de éste a una pura subjetividad, en vez de otorgarse una tarea

1. La filosofía es creación de conceptos

Se cree fácilmente, siguiendo a Platón y a Aristóteles, que la filosofía es el arte de contemplar lo inteligible, la mediación indispensable para captar “el logos” o la naturaleza de lo eterno; o bien, siguiendo a Descartes y a Kant, que se trata de la ciencia de la reflexión, cuyo desarrollo estaría a cargo de “la razón” como disposición o facultad privilegiada entre las capacidades humanas; o bien, finalmente, siguiendo a Habermas y a los lógicos, que la filosofía consiste en el estudio de las condiciones necesarias para una correcta comunicación argumentativa, estudio que permitiría establecer un “consenso” de las opiniones divergentes. Contemplando lo inteligible, sea al precio de desdeñar lo sensible, o bien queriendo depurarlo, captaríamos la verdad de las cosas, es decir, todo lo que éstas son en sí mismas (esencialismo o idealismo objetivo); reflexionando sobre la experiencia propia, encontraríamos la razón en virtud de la cual todas las cosas son tal como las representamos (criticismo o idealismo subjetivo); y, por último, comunicando apropiadamente nuestras opiniones o pretensiones, generaríamos una situación de habla en la que los propósitos de todos, así como también los medios para alcanzarlos, encontrarían un lugar común y un punto de acuerdo (acción comunicativa o idealismo intersubjetivo). Sin embargo –nos dicen Deleuze y Guattari–, la filosofía...

... no es contemplación, ni reflexión, ni comunicación, incluso a pesar de que haya podido creer tanto una cosa como otra, en

más modesta, una *pedagogía* del concepto, que tuviera que analizar las condiciones de creación como factores de momentos que permanecen singulares”.

razón de la capacidad que tiene cualquier disciplina de engendrar sus propias ilusiones y de ocultarse detrás de una bruma que desprende con este fin. [...] La contemplación, la reflexión, la comunicación no son disciplinas, sino máquinas para constituir Universales en todas las disciplinas. [...] El primer principio de la filosofía consiste en que los Universales no explican nada, tienen que ser explicados a su vez ².

Tenemos varias razones para sostener esta tesis: en primer lugar, notamos que la filosofía es una disciplina a la que pertenece un dominio de saber concreto y distinto de otros, mientras que la contemplación, la reflexión y la comunicación no delimitan dominio alguno, ni sugieren una actividad especial del pensamiento, sino que son tan sólo modos de conducta que erigen universales, sin importar cuál sea el campo teórico en que operan. Otorgar a la filosofía un ámbito de acción universal, es decir, caracterizarla como una conducta que se puede asumir en todos los campos del saber, no solamente implica desconocer que muchas disciplinas nunca la han necesitado para desarrollarse, sino también asignarle un dominio vago e impreciso.

En segundo lugar, si la filosofía no se define por ninguno de aquellos modos de conducta, es ante todo porque no depende de un fondo universal (ni tampoco lo es), en el sentido en que surgiría de un universo reconocido igualmente por todos los hombres: pues la filosofía no se explica a partir de la verdad en la que están más o menos fundadas las opiniones, ni a partir de la naturaleza humana, ni a partir de la estructura lingüística fundamental del hombre, nociones universales que por sí mismas no explican nada, siempre que se

² Ibid., op. cit., p. 12-13.

las considere dadas de antemano. Porque si la filosofía consistiese en una conducta universal, si derivara de nociones universales, ¿cómo explicar a su vez el hecho de que no todos los hombres filosofan? Por el contrario, como ya se habrá notado después de un sutil examen, la filosofía ha trabajado en la explicación de nociones tales como verdad, naturaleza humana, estructura lingüística originaria, hasta el punto de llegar a convertirlas en conceptos. La contemplación, la reflexión, la comunicación constituyen universales en todas las disciplinas, pero no dicen nada de los conceptos que las explican.

Así pues, en tercer lugar, el que la filosofía se haya querido presentar como el ejercicio por excelencia de estos modos de conducta, se debe a que los filósofos que así han procedido desearon ocultar la motivación real de su pensamiento, provocando, ora la ilusión de un “descubrimiento de la verdad” por medio de la contemplación, ora la de un “esclarecimiento de la naturaleza humana” mediante la reflexión, ora la de un “desocultamiento de la intención lingüística originaria” a través de la comunicación. Pero, en cualquier caso, no se trata más que de ilusiones, pues como ya lo decía Nietzsche, cuando un filósofo habla en nombre de la verdad reconocible por todo hombre, tan sólo oculta su pasión más fuerte:

Poco a poco se me ha ido manifestando qué es lo que ha sido hasta ahora toda gran filosofía: a saber, la autoconfesión de su autor y una especie de *memoires* [memorias] no queridas y no advertidas; asimismo, que las intenciones morales (o inmorales) han constituido en toda filosofía el auténtico germen vital del que ha brotado la planta entera³.

3 Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, I, § 6, ed. Orbis, Barcelona, 1983, p. 26.

Si la filosofía no consiste en contemplar, ni en reflexionar, ni en comunicar, entonces ¿qué actividad especial la caracteriza? La respuesta que Deleuze y Guattari nos dan es, precisamente, la labor de *crear conceptos siempre nuevos*. Lo cual no significa que el filósofo eventualmente no contemple, ni reflexione, ni comunique, sino que simplemente estas acciones y pasiones son insuficientes y, aún más, equívocas a la hora de definir la filosofía, y de establecer aquello que hace al filósofo. Dada la ocasión, un candidato presidencial contempla la decisión política de las mayorías (reconoce como un presupuesto el poder de representar el objetivo de gobierno de todos los que han votado por él); un ama de casa reflexiona si el almuerzo podía haber quedado más sabroso con un poco más de condimento (reconoce como un presupuesto que todo aquél que lo hubiese probado lo habría encontrado desabrido); un presentador de televisión comunica los eventos del fantástico mundo del entretenimiento (reconoce como un presupuesto que todos los televidentes quieren informarse sobre los últimos sucesos de la farándula); mas no por ello habremos de decir que estos personajes filosofan en su respectiva situación. ¿Sostendremos que lo que distingue al filósofo del candidato, del ama de casa, del comunicador, y a la filosofía de las otras actividades, es el grado de profundidad de su contemplación, de su reflexión, de su comunicación? Los anteriores ejemplos pueden parecer débiles o inapropiados, pero en realidad son en conjunto tan sólo una muestra de lo débil o inapropiada que puede llegar a parecer la filosofía bajo las ilusiones de la contemplación, de la reflexión y de la comunicación. Pues son estas ilusiones las que permiten decir sin ningún escrúpulo:

“la filosofía de mi gobierno es trabajar, trabajar...”; o, “cuando cocino, mi filosofía es hacer las cosas con cuidado y cariño”; o bien, “la filosofía de nuestra tele es mantener a la gente informada y entretenida”. Veremos que tener una filosofía, es decir hacerla, también exige instaurar ciertos presupuestos, pero ello no es tan fácil como lanzar opiniones que expresen la pretendida profundidad, la universalidad perceptiva y afectiva de un sujeto en una ocupación cualquiera. De hecho, los presupuestos de una filosofía nunca son opiniones dominantes, si bien ostentan sus valores en el terreno de la opinión, o mejor, frente a este terreno⁴.

Cuando afirmamos que la filosofía es creación de conceptos, deseamos dar a entender que es productiva e innovadora, no en el sentido capitalista de la producción rentable de mercancías y de la innovación de las modas, sino en el sentido en que sus resultados, o sea los conceptos, son el producto siempre renovado de una construcción teórica, de un trabajo del pensamiento, y no meramente unas verdades descubiertas en virtud de una conducta común a todos los hombres. La filosofía es revolucionaria, inventiva, justamente en contra de las opiniones dominantes, en contra de la voluntad de las mayorías. Platón no descubre el mundo de las Ideas, inventa el concepto de Idea y con ello el mundo que le es propio. Kant no descubre la razón pura, construye un sistema de facultades que harán del sujeto una entidad autónoma. En general, cada filósofo no ha encontrado sus

conceptos tras una búsqueda de la verdad universal, los ha creado por una causa singular, a menudo inconfesable. Y si es cierto que esto último concierne al orden de las motivaciones antes que al de las razones o condiciones de verdad, también es cierto que, siguiendo todavía a Nietzsche, estas razones sólo se articulan en el campo de las motivaciones. Por consiguiente, la verdad o razón de ser de una filosofía siempre permanece singular: es justamente el problema singular planteado por la creación de esta filosofía.

2. El concepto: una multiplicidad distinta de las creaciones científicas y artísticas

La filosofía es una actividad tan creadora como las artes y las ciencias. Pero el adverbio “tan” implica, en primer lugar, que no se debe confundirla con un arte o con una ciencia, en el sentido propio de estos dos últimos términos. La filosofía crea conceptos y éstos le pertenecen exclusivamente. Lo cual no quiere decir, en segundo lugar, que la filosofía tenga alguna preeminencia o algún privilegio sobre las artes y las ciencias; antes bien, ciencia, arte y filosofía son actividades creadoras irreductibles e independientes, entre las cuales no cabe ninguna jerarquización, ninguna subordinación de una a otra. Por ello, al igual que los conceptos son las entidades creadas por el pensamiento filosófico y sólo surgen de éste, también pertenecen al pensamiento científico y al pensamiento artístico otro tipo de ideas creadoras, otro nivel de creación: el primero procede por prospectos y funciones, y el segundo, por perceptos y afectos. Qué sean estas entidades propias de la ciencia y del

4 Sobre la contemplación, la reflexión y la comunicación como formas de la cognición, y sobre su estrecha relación con la opinión, cfr. Deleuze y Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, op. cit., p. 146 y ss.

arte, lo veremos a grandes rasgos en seguida, por ahora sólo deseamos aclarar que el pensamiento y la creación no son potencias exclusivamente filosóficas.

¿Qué es, entonces, un concepto? Para comenzar, hay que decir que se trata de una entidad compleja, compuesta, múltiple: es “una multiplicidad, aunque no todas las multiplicidades sean conceptuales”⁵. Todo concepto tiene una cifra *finita* de componentes que articula y por los que se define, de modo que no existe concepto simple, de un único componente, así como tampoco un concepto que posea todas las determinaciones, “puesto que sería entonces pura y sencillamente un caos”⁶. Los componentes han de ser seleccionados y articulados de tal manera que su distribución configure un orden, una forma que se distinga del caos mental. Y semejante orden es el concepto mismo, la totalidad de unos fragmentos seleccionados que son sus componentes; se trata, pues, de un todo fragmentario.

Como toda realidad creada, un concepto responde al planteamiento de un problema, y en su caso especial, al de un problema filosófico. Pero dado que existen problemas de otro tipo (artístico, científico, técnico, etc.), aquí es preciso exponer cuál es la naturaleza de los conceptos y, por ende, de los problemas que resuelven. Ahora bien, de acuerdo con Henri Bergson, uno de los objetivos de la filosofía, si no el principal, es operar integraciones y diferenciaciones cualitativas, distintas de las operaciones de cuantificación que las ciencias llevan a cabo⁷:

5 Ibid., op. cit., p. 21.

6 Ibid., op. cit., p. 21.

7 Cfr. Bergson, Henri, *Memoria y vida* (Textos escogidos por G. Deleuze), ed. Altaya, Barcelona, 1994, p. 45: “Digamos, [...] tras atenuar de antemano

a diferencia de éstas, que trabajan con multiplicidades extensivas, cuantitativas o numéricas, la filosofía trabaja con multiplicidades intensivas, cualitativas, sin número o magnitud. Una multiplicidad cuantitativa es una serie homogénea de valores separados o separables, cuyas divisiones sólo muestran diferencias de grado, no sustanciales (mayor o menor que), mientras que una multiplicidad cualitativa es una serie de valores heterogéneos y, sin embargo, inseparables, en la que el paso de uno a otro implica cambios sustanciales. Los valores de una multiplicidad cuantitativa se yuxtaponen entre sí, y cada uno puede ser intercambiado por otro (particularidad) en relación con una determinación constante (generalidad); pero los de una multiplicidad cualitativa son únicos, insustituibles (singularidad), y cada uno modifica la serie a la que pertenece en cuanto se fusiona o compenetra con los otros. A la luz de este pensamiento, cabe afirmar que un concepto es una multiplicidad que integra y diferencia cualitativamente los componentes o factores requeridos para el planteamiento de un problema. Y ello es así porque, como lo dice Bergson,

... en filosofía, como en todas partes, se trata de *encontrar* el problema y por tanto de *plantearlo*, aún más que de resolverlo. Porque un problema especulativo está resuelto desde el momento en que está bien planteado. Entiendo por ello que entonces existe una solución, aunque pueda estar oculta, o por decirlo así, cubierta: no queda más que

cuanto la fórmula podría tener a un tiempo de excesivamente modesto y de excesivamente ambicioso, que *uno de los objetivos de la metafísica es operar diferenciaciones e integraciones cualitativas*”. (La anterior es una cita del libro *El pensamiento y el movimiento*).

descubrirla. Pero plantear el problema no es simplemente descubrirlo, es inventarlo⁸.

Sin embargo, aunque todo esto es cierto, no basta con decir que un concepto es una multiplicidad cualitativa que, al ser creada o inventada, plantea y resuelve un problema, ya que entonces podría creerse que los problemas y las multiplicidades que involucran cualidades son exclusivamente filosóficos, y en realidad no es así. No sólo la biología, la química y la física plantean problemas relativos a las cualidades de la materia, sino también la geometría y la matemática inventan problemas que conciernen a las cualidades de las figuras y de las relaciones de magnitud. Ni qué decir de las artes, que crean sensaciones a partir de las cualidades de un medio material (colores, sonidos, etc.). Tanto la función y el prospecto científicos, cuanto el percepto y el afecto artísticos son multiplicidades que remiten, respectivamente, al *registro de cualidades variables diversas* y a la *composición de variedades de cualidades*.

La ciencia calcula los comportamientos de la materia proyectando ciertos *límites o niveles constantes*, respecto de los cuales ésta presenta unos *valores variables independientes*; es así como el pensamiento científico *hace referencia* a unos estados de cosas o a unos cuerpos en los que se actualiza. La función es precisamente una multiplicidad que vincula límites y variables independientes, para hacer referencia a un estado de la materia (incluso si se trata de un estado ideal, como en geometría o aritmética); a su vez, el prospecto es una función lógica, que expresa la condición

de referencia de toda proposición formulada en una lengua natural⁹.

No obstante, a diferencia de lo que ocurre con la ciencia, lo que interesa a la filosofía no es la diversidad de las cualidades observadas en un estado de cosas o en una mezcla, sino la operación cualitativa por la que ciertos valores heterogéneos se integran y diferencian al mismo tiempo, formando *una multiplicidad inseparable que se plantea a sí misma, sin hacer referencia a otra cosa*. De modo que, en el caso de la multiplicidad filosófica, lo que Bergson llama cualitativo no se atribuye en principio (solamente) a los componentes, sino al modo en que se encuentran articulados. Todo valor es cualitativo, pero puede componerse con otros cualitativa o cuantitativamente. Así, la función es una multiplicidad cuantitativa porque se halla constituida por variables independientes, cuyos valores se establecen respecto de una constante que hace referencia a cierta materia, o al menos a cierta extensión homogénea; mientras que el concepto es una multiplicidad cualitativa, porque se encuentra compuesto por rasgos inseparables, cuyos valores singulares se fusionan en un único Valor, una sola Singularidad que se plantea a sí misma. Vemos pues que la inseparabilidad de los componentes del concepto, y su autoperposición (plantearse a sí mismo), se distinguen de la independencia de las variables de la función, y de su referencia (estado de cosas exterior o extensivo).

Éste es uno de los aspectos compartidos por las obras filosóficas y las artísticas: en lugar de medir el movimiento de una

8 Ibid., op. cit., p. 23.

9 Cfr. Deleuze y Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, op. cit., II, Capítulos 5 y 6: “Funciones y conceptos”, p. 117-135, y “Prospectos y conceptos”, p. 136-163.

materia, una extensión, presentan multiplicidades cualitativas, combinaciones singulares que se afirman a sí mismas. En efecto, el arte compone bloques de sensaciones que se conservan en sí mismos al margen del creador, del modelo (suponiendo que la obra tenga uno), pero también al margen del espectador o del oyente, ello mientras el soporte y los materiales de la obra duran. (En cuanto a aquellas artes que requieren un “intérprete”, se dirá que éste hace parte del soporte material de la obra). Una obra de arte es un bloque de sensaciones, es decir, *un compuesto de perceptos y de afectos variados*. Los perceptos son paisajes conservados en sí mismos que no se confunden con las percepciones, puesto que superan la variabilidad de éstas; así también, los afectos son intervalos sensibles que se conservan, por ello no se confunden con los sentimientos o las afecciones, puesto que superan la fuerza de quien pasa por ellos. Una obra de arte es un ser múltiple de sensación, vale decir, \approx ¹⁰.

Por consiguiente, tanto la filosofía cuanto las artes crean multiplicidades cualitativas. Sin embargo, a diferencia de éstas, que componen multiplicidades sensibles o corpóreas (incluso la música tiene un cuerpo, unos cuerpos sonoros), la filosofía concibe multiplicidades puramente inteligibles, incorpóreas, en las que, por decirlo así, el elemento común a los componentes es el sólo pensamiento. Existe, pues, una diferencia de naturaleza entre las multiplicidades artísticas y las filosóficas.

3. Naturaleza del concepto: lo virtual

10 Cfr., *ibid.*, op. cit., Capítulo 7: “Percepto, afecto y concepto”, p. 164-201.

Un concepto es una multiplicidad cualitativa de componentes incorpóreos mediante la cual se plantea y se resuelve un problema filosófico. Pero hasta ahora hemos mantenido en el silencio lo que se hace con un concepto, es decir, aquello que *se realiza* con esta multiplicidad. Ha llegado el momento de decirlo: de acuerdo con Deleuze y Guattari, *el concepto da consistencia a una virtualidad pura, conservando en su forma la velocidad infinita del pensamiento; expresa un acontecimiento, esto es, una entidad virtual que no se confunde con los estados de cosas en los que se actualiza*¹¹. La virtualidad pura, entendida como velocidad infinita del pensamiento, es entonces la naturaleza de los problemas filosóficos, tanto como de los conceptos que les brindan solución. Introducir una forma o un orden en el pensamiento sin perder su velocidad infinita, su pura virtualidad, tal es el sentido del concepto, lo que se hace con él. Por ello el concepto no es una “representación”, no representa lo particular (valores variables en extensión) ni lo general (función constante en comprensión), únicamente presenta una ordenación o formación del pensamiento en sí mismo. Así,

... a la inversa de lo que sucede con la ciencia, no hay constante ni variable en el concepto, y no se diferenciarán especies variables para un género constante, como tampoco una especie constante para unos individuos variables. Las relaciones en el concepto no

11 *Ibid.*, op. cit., p. 26: “El concepto es incorpóreo, aunque se encarne o se efectúe en los cuerpos. Pero precisamente no se confunde con el estado de cosas en que se efectúa. Carece de coordenadas espacio-temporales, sólo tiene ordenadas intensivas”. Entendemos por velocidad infinita el cambio inconmensurable, el devenir ilimitado. El concepto es una forma finita que da consistencia al devenir ilimitado.

son de comprensión ni de extensión, sino sólo de ordenación, y los componentes del concepto no son constantes ni variables, sino meras *variaciones* ordenadas en función de su proximidad. [...] Un concepto es una heterogénesis, es decir una ordenación de sus componentes por zonas de proximidad. Es un ordinal, una intensión común a todos los rasgos que lo componen. Como los recorre incesantemente siguiendo un orden sin distancia, el concepto está en estado de *sobrevuelo* respecto de sus componentes¹².

Dado que son sus rasgos singulares, los componentes de un concepto son también virtuales y, por consiguiente, inextensos. Se trata de ordenadas intensivas a través de las cuales el pensamiento varía a una velocidad infinita, presentando un acontecimiento que las sobrevuela, en tanto que por ellas este pensamiento adquiere una forma. Y como el pensamiento es sumamente fluido, el acontecimiento pasa y vuelve a pasar por dichas ordenadas intensivas, señalando unos umbrales en las que éstas resultan indiscernibles e insolubles. Tales umbrales definen la inseparabilidad de los componentes, o la *endoconsistencia* del concepto.

Para ser más concretos, tomemos el primer ejemplo que Deleuze y Guattari extraen de la historia de la filosofía: el *cogito* cartesiano (aunque, como lo dicen en su libro, “el lector puede tomar el ejemplo que sea de su agrado”). Este concepto de “yo” presenta un acontecimiento que sobrevuela tres ordenadas intensivas, tres componentes atravesados por el pensamiento a una velocidad infinita: son el momento de la duda, el del pensamiento y el del ser; yo dudo, yo pienso, yo soy. El *cogito* se enuncia como sigue: “yo que dudo, no puedo dudar que pienso, y puesto que (me) pienso tengo

que ser; y como todo lo que es pensado como existente (tal como yo pienso que soy) es una cosa, entonces es claro que soy una cosa pensante”. Ahora bien, en esta enunciación notamos no solamente que los componentes del concepto (yo dudo, yo pienso, yo soy) son ordenadas intensivas, variaciones aproximadas sin distancia, sin ninguna correspondencia en la extensión, sino también que hay una zona en la que dudar y pensar se vuelven indiscernibles (¿acaso podría dudar si no pensara? ¿Pensaría yo, en efecto, si no dudara?); y que hay una zona en la que ocurre lo mismo con pensar y ser (¿acaso podría pensar si yo no fuese? ¿Sería yo un existente, si no pensase?).

He aquí las características internas del concepto: unas variaciones intensivas que componen un orden insoluble según su proximidad, un acontecimiento que las atraviesa o las sobrevuela a una velocidad infinita, y unas zonas de indiscernibilidad que señalan la conexión de las variaciones entre sí, en cuanto el acontecimiento pasa de una a otra; en síntesis, endoconsistencia.

4. El medio no filosófico de los conceptos

Pero además, por otro lado, el concepto siempre se relaciona con otros conceptos en un mismo plano donde cobra sentido el planteamiento del problema filosófico. El problema carecería de sentido si el pensamiento no adquiriese consistencia por una conexión entre conceptos, y por su distribución en un plano no filosófico. Por ello, existen puentes a través de los cuales los conceptos forman una red, un circuito que se bifurca o se ramifica sobre un plano no-filosófico o prefilosófico, pero respecto del cual el problema filosófico se plantea.

12 Ibid., op. cit., p. 26.

Estos puentes definen la *exoconsistencia* del concepto, es decir, la manera en que se conecta con otros conceptos, diferenciándose de éstos sobre la superficie de un plano Único, un Todo indivisible y preconceptual establecido como horizonte de los acontecimientos. Así, para el caso del *cogito*,

... «entre mis ideas, tengo la idea de infinito» es el puente que conduce del concepto de yo al concepto de Dios, nuevo concepto que a su vez posee tres componentes que forman las «pruebas» de la existencia de Dios como acontecimiento infinito, encargándose la tercera (prueba ontológica) del cierre del concepto, pero también tendiendo un puente o una bifurcación hacia un concepto de mayor amplitud, en tanto que garantiza el valor objetivo de verdad de las demás ideas claras y distintas que tenemos¹³.

El principal problema que el *cogito* cartesiano y su concepto de Dios plantean, es el de sustituir un orden de pensamiento en el que cada idea remite a unos presupuestos objetivos explícitos (por ejemplo, la idea de “hombre” se explica por las ideas de “animal” y de “racional”), por otro orden, esta vez implícito, en el que cada idea remite al presupuesto de un acto subjetivo que le confiere una existencia (tengo una idea instantánea de mí mismo, soy una cosa pensante). Semejante orden implícito y subjetivo exige la instauración de un plano no filosófico o prefilosófico, que abarque en un Todo los supuestos a partir de los cuales el problema filosófico es planteado, y el concepto creado: así, el *cogito* presupone que “el buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo”, o sea que todo hombre puede dudar, puede saber lo que es pensar, y puede entender lo que

significa ser; también supone que todo hombre dotado con estas capacidades puede tener la idea de un orden infinito, la idea de Dios.

El Todo que abarca estos presupuestos no es filosófico, puesto que no es conceptual, pero su instauración sólo se explica por los conceptos que lo pueblan y que le dan consistencia. Es lo que Deleuze y Guattari llaman un plano de inmanencia o de consistencia, un horizonte que constituye la imagen que la filosofía da del pensamiento más allá de todo concepto.

De todos modos, la filosofía sienta como prefilosófico, o incluso como no filosófico, la potencia de Uno-Todo como un desierto de arenas movedizas que los conceptos vienen a poblar. Prefilosófico no significa nada que preexista, sino algo *que no existe allende* la filosofía aunque ésta lo suponga. Son sus condiciones internas. [...] Veremos que esta relación constante con la no filosofía reviste aspectos variados; según este primer aspecto, la filosofía definida como creación de conceptos implica una presuposición que se diferencia de ella, y que no obstante le es inseparable. La filosofía es a la vez creación de concepto e instauración de plano¹⁴.

En consecuencia, no hay que confundir los conceptos con el plano de inmanencia, aunque éste también sea virtual: los primeros son intensiones filosóficas, mientras que el segundo es la intuición no filosófica que los recorre; los primeros forman las dimensiones del pensamiento como serie de acontecimientos, el segundo presenta sus direcciones como superficie u horizonte de presupuestos. Y lo que el pensamiento invoca como presupuestos, sobre el plano de inmanencia, son sólo aquellos movimientos que pueden ser

13 Ibid., op. cit., p. 31.

14 Ibid., op. cit., p. 45.

llevados al infinito, y conjugados en un movimiento Único. De tal suerte que el plano es una superficie en la que el pensamiento recubre la materia y conjuga al infinito los movimientos de ésta, a medida que atraviesa los perímetros finitos de los conceptos. Se trata de un Todo abierto en el que los conceptos se conectan, se distribuyen y plantean un problema, ofreciendo sin embargo una imagen no conceptual del propio pensamiento, una imagen presupuesta de lo que implica pensar.

5. Los personajes conceptuales

Tenemos pues, por un lado, una serie de ordenadas intensivas y de zonas de indiscernibilidad que conforman el perímetro de un concepto (endoconsistencia), y una red de puentes que conectan un concepto con otro (exoconsistencia); y por otro lado, un plano de inmanencia o Todo único donde los conceptos se distribuyen e indican sus presupuestos, presentando una imagen no filosófica del pensamiento. Entre la construcción de los conceptos y la instauración del plano, el problema filosófico se plantea. Surge entonces una pregunta, a saber, ¿qué pone en contacto estos dos aspectos de una filosofía, el de la red filosófica de conexiones entre conceptos y el del plano no filosófico donde éstos se distribuyen? Siguiendo a Deleuze y Guattari, la respuesta es la siguiente: la filosofía no solamente exige la creación de unos conceptos o formas finitas que expresen acontecimientos, y la instauración de un medio infinito donde el pensamiento presuponga en sí mismo todo el movimiento de la materia, sino también *la animación de unos agentes que muestren la manera en que el pensamiento se ejerce*, realizando el tránsito de

los conceptos al plano, y del plano a los conceptos. Estos agentes no son ordenadas de los conceptos, así como tampoco movimientos del medio o plano de inmanencia, sino personajes que ponen en consonancia tal o cual ordenada intensiva con tal o cual movimiento del pensamiento. Son personajes conceptuales, que configuran las condiciones de ejercicio del pensamiento filosófico. Volviendo al cogito cartesiano, y al plano de presupuestos subjetivos e implícitos, tenemos que interrogar cuál es el personaje conceptual que los vincula.

Por el momento, se trata del Idiota: él es quien dice Yo, él es quien lanza el cogito, pero también él es quien controla los presupuestos subjetivos o establece el plano. El Idiota es el pensador privado por oposición al profesor público (el escolástico): el profesor remite sin cesar a unos conceptos aprendidos (el hombre animal-racional), mientras que el pensador privado forma un concepto con unas fuerzas innatas que todo el mundo posee por derecho por su cuenta (yo pienso)¹⁵.

El Idiota es el personaje que ignora toda verdad presupuesta por la organización escolástica del cristianismo, que duda de todo pensamiento impuesto como verdadero por el autoritarismo de la Iglesia. Pensador privado, se aísla del resto de los hombres y, sobre todo, de los doctos profesores de la Escuela medieval, para crear otros conceptos y establecer otro plano de inmanencia, otra imagen del pensamiento que destituya las verdades presupuestas de la época. En este sentido, no es desacertado decir que Descartes “se hace el Idiota” para desarrollar su filosofía, tanto para crear el

15 Ibid., op. cit., p. 63.

cogito, cuanto para instaurar el plano de presupuestos subjetivos.

Conclusión: una pedagogía del concepto

Ahora bien, hasta aquí hemos seguido a Deleuze y Guattari en su concepción de la filosofía, teniendo en cuenta solamente uno de los variados ejemplos que estos pensadores dan en su libro. Con ello hemos querido mostrar que una filosofía se define por la creación de unos conceptos, por la instauración de un plano de inmanencia y por la animación de unos personajes conceptuales. Sin embargo, es pertinente hacer unas observaciones para evitar que el ejemplo genere confusiones.

En primer lugar, no todo concepto es triple, ni tiene como punto de sobrevuelo un “yo”; en Platón, por ejemplo, la Idea tiene dos componentes iniciales según su mera distinción (la cualidad pura e inteligible que es, y las cosas sensibles que no son pero pretenden participar de ella); o bien cuatro componentes según el problema que plantea (la cualidad pura poseída por la Idea, la Idea imparticipable que da la cualidad en participación, las cosas que pretenden poseer la cualidad, y la Idea participada entre las cosas pretendientes)¹⁶; por lo demás, es evidente que la Idea platónica no tiene un “yo” entre sus ordenadas intensivas, ni lo expresa como acontecimiento.

En segundo lugar, hay que aclarar que no todo plano de inmanencia presenta unos presupuestos subjetivos e implícitos; sea el caso de la filosofía de Spinoza, con la que los conceptos del cartesianismo se abren en

un plano de inmanencia que abarca al mismo tiempo lo subjetivo y lo objetivo como presupuestos. Pues la filosofía del pensador holandés no se elabora a partir de un “Yo pienso, yo soy” como sustancia pensante finita, sino a partir de un “Se piensa, se es” como potencia infinita de la Naturaleza¹⁷.

Y finalmente, no se debe entender que el Idiota sea el único personaje conceptual, ya que existen el Abogado de Dios en la filosofía de Leibniz, o el Juez de la Razón en la de Kant. Tampoco se debe creer que cada filosofía anime un solo personaje, puesto que en muchas ocasiones el pensamiento resuena entre varios (entre Zaratustra y el mono, el enano, el rey de la izquierda, etc., o bien entre Sócrates y sus interlocutores). Así pues, el cogito, el plano subjetivo y el Idiota son rasgos singulares del pensamiento de Descartes, y no de toda filosofía, aunque otras filosofías los retomen, no sin modificar tal concepto, el plano donde éste se abre, y el personaje conceptual que lo enuncia.

Hechas estas aclaraciones, volvamos al título del presente escrito; hasta aquí no hemos hecho más que desarrollarlo, pero al lector le es lícito reclamar una formulación explícita. Sea pues: entendemos por *pedagogía del concepto* una actividad dedicada a mostrar o enseñar las condiciones singulares bajo las cuales un concepto es creado. ¿No es esta actividad la filosofía misma? Y si no lo es, ¿qué es la filosofía?... Resulta que para responder a esta pregunta hay que crear un concepto de filosofía... Es lo que Deleuze y Guattari han llevado a cabo en su hermoso libro.

Recibido 12/11/04. Aprobado 26/11/04

16 Cfr. Ibid., op. cit., p. 34-37.

17 Cfr. Ibid., op. cit., p. 48-52.